

mayores peligros, prodigaban generosos su sangre y sacrificaban impávidos su vida, habían ido perdiendo aquella fe que producía su heroísmo. Empezaron por desconfiar de sus caudillos, dudaron del éxito de su causa, y acabaron por abandonarla.

Debemos consignar aquí lo que en otra obra hemos dicho: el vencimiento de la causa carlista á consecuencia de una gran batalla, se hubiera sufrido con resignación; pero ser vencidos sin pelear, aun cuando se presentara como disculpa la inmensidad numérica del enemigo, que no dejó de ofrecer lados vulnerables, que no se supieron aprovechar, produjo aquel desaliento, consecuencia lógica de lo que sucedía. Si la inacción es un moño que corrompe y enerva el espíritu del soldado, la mala dirección le exaspera é insubordina.

En resumen; puede decirse que el partido carlista sufrió en la última guerra las consecuencias de su alejamiento de la vida pública. Al estallar la revolución de setiembre, los carlistas carecían de hombres políticos propios, y se vieron fatalmente condenados á sufrir la dirección de muchos de sus antiguos enemigos, convertidos al carlismo por la fuerza de las circunstancias, mas que por convicciones propias. Los carlistas, con gran fe en la legitimidad de su causa, se veían mandados por hombres que carecían de ella, y si no todos, algunos, en prevision del porvenir, huían de inutilizarse por completo á los ojos de los demás partidos. De aquí la abundancia de teorías y la escasez de hechos verdaderamente importantes que se observó en la vida del partido carlista, si se exceptúa el brillante período en que acudieron á las Cortes hábilmente capitaneados por la reconocida capacidad del señor Nocedal. Llegó la guerra, y al entusiasmo de los voluntarios correspondía en varios jefes una frialdad evidente. En alguno de ellos podía percibirse el deseo, ó la esperanza de hallar la mejor fórmula para que fueran reconocidos del lado de acá los grados que hubieran obtenido en las filas carlistas. O no se sabía ó se tenía olvidada la historia de aquel partido; se desconocían ó se desdaban sus aspiraciones; no se habían estudiado ó no se comprendían sus necesidades, y se descuidó lo fundamental para atenderse á lo accesorio.

Don Carlos sufrió los sinsabores y asumió las responsabilidades que pesan sobre un monarca, y no disfrutó de las satisfacciones que produce el reinar. Hubo ministros é intrigas palaciegas y no gobierno; y anheloso don Carlos del acierto, buscaba eminencias y encontraba nulidades, consejeros vulgares, cortesanos de grandes pretensiones y escasas facultades, que solo tenían en su abono la adhesión á la causa ó el propósito de servirla, aunque con poca elevación de miras: creían en su optimismo seguro el triunfo, y en vez de batallas se daban bailes.

En estas condiciones la fe, que traslada montañas, y el entusiasmo, que hace olvidar el propio interés, pudieron prolongar la lucha, pero no bastaron á obtener el resultado á que aspiraban los que creían sacrificarse en beneficio del país, los que solo veían en la causa carlista el sostenimiento de los santos principios y fundamentos en que descansan la religión, la sociedad y la familia.

La guerra se localizó, y desde ese momento, el desenlace final ya no pudo ser dudoso para ningún espectador imparcial: cuatro provincias no podían conquistar á toda España, y ni aun sostenerse mucho atendida á sus propios recursos.

Mirada la cuestión desde esta altura, desaparecen los detalles en que han creído algunos ver la explicación de los últimos acontecimientos narrados. No hubo traidores, así lo creemos de buena fe, en los jefes carlistas. Sí hubo débiles, desertores en esperanza de mayor medro, y algunos, muy pocos, en connivencia con el enemigo, no fueron verdaderamente traidores á la causa, á la que hicieron poco daño, sino poco apreciadores de su propia honra. No se esterilizan los sacrificios hechos por un gran partido como el carlista porque tal ó cual jefe capitulase, ó entregase sus fuerzas al enemigo, ó no las utilizase debidamente. Un partido, cuya historia es casi toda militar y registra hechos dignos de una epopeya, puede ser vencido por un convenio como el de Vergara, pero no porque le abandonen algunas altas individualidades.

Ninguna tan elevada y del valer de Cabrera; y fué desgracia para el partido carlista no haberle tenido á su frente al principio de la guerra; mas sin él, llegó á la altura á que no había llegado en la guerra de los siete años, reuniendo mayores elementos. ¿Los habría tenido mayores con Cabrera? No creemos fácil la respuesta.

La empresa del carlismo era gigantesca; pero es evidente que, cuando se debía hablar se hizo la guerra, y cuando se debía pelear se gastaba el tiempo en ocupaciones propias de la paz.

La última guerra civil es ejemplo de que la fe, el entusiasmo y las rectas intenciones, no crean por sí solas hombres de Estado, y de que los políticos prácticos, si carecen de aquellas cualidades, solo desventuras pueden acarrear á los que se fían de sus artes empíricas.

Había terminado la guerra, y se necesitaba consolidar la paz, base de la riqueza, del bien público, y afianzar la libertad, como fuente de regeneración y de progreso, curando el bienestar público los males por la lucha causados, y borrando la civilización el fanatismo en unos, la intransigencia en otros y arraigando en el corazón de todos el santo amor á la patria para que, amada como madre, nos consideremos todos como hermanos.

## CAPITULO VI

Cuba.—Filipinas

Si terrible fué en la Península la guerra civil, lo era mayor la que se sostenía en Cuba, donde había que combatir con el clima, con la naturaleza toda, que si no producía enfermedades extenuaba.

Continuaba el mando de Caballero de Rodas, que tuvo que arrear en el sistema de imponerse, no solo procurando exterminar á los insurrectos que estaban con las armas en la mano sino á los laborantes y á los que con ellos simpatizaban y les ayudaban, ampliando los embargos de las propiedades, llegando á mas de 4,000 las fincas embargadas, importando muchos millones de pesos. Este mismo gran valor fué causa de que se cometieran grandes abusos con tales bienes, cuya administración no puede seguramente presentarse como modelo.

Prósperamente para la causa española comenzó el año de 1870 en Cuba, inspirando confianza y fe en el porvenir la alocución del capitán general—6 de enero—aunque no dispuso completamente fundados recelos, que los abrigaban y grandes los voluntarios. La guerra seguía, se procuraba disminuir su importancia, por lo que se ocultaba la verdad de los hechos, y como mas pronto ó mas tarde se sabían, de aquí cierto malestar y desconfianza que se llevaba á exagerados límites. Los enemigos de España no cesaban en sus propósitos, llevaron su saña hasta asesinar á Castañón, director de *La Voz de Cuba*, lo cual impresionó hondamente en la Habana, al saberse el asesinato cometido en Cayo Hueso, á donde su desventura llevó á Castañón á batirse en duelo: al efectuarse en la capital de Cuba sus honras fúnebres, se cometieron en represalias lamentables atropellos y asesinatos. Esto exacerbará los ánimos de todos, de suyo bastante excitados.

Para inspirar mas confianza y obtener resultados, marchó Rodas á Puerto Príncipe; fué útil su presencia en Camagüey, ayudándole don Napoleón Arango, que acababa de abandonar á los insurrectos, á que le imitasen otros, y presentáronse, en efecto, muchas familias, lo que unido á la activa persecución que experimentaron las partidas, que causó mas de 500 muertos á los enemigos, en aquella *campaña de los 100 días*, que así se llamó á la que emprendió el capitán general, hizo creer cuando en julio regresó á la Habana, que el Camagüey podía considerarse pacificado, no contribuyendo poco á esta creencia la prisión y muerte que experimentaron los cabecillas Goicurua, Agüero, Arredondo, Casanova y otros que acabaron su azarosa existencia en el patíbulo. Estaba seguramente bastante abatida la insurrección, pero entonces fué cuando mas empeño pusieron los laborantes en sembrar desconfianzas en unos y alentar á otros, les servían bien en

Madrid, dimitió el mando Caballero de Rodas, reemplazó el conde de Balmaseda, recibido con grande entusiasmo en la Habana, y fué despedido Rodas con las muestras de consideración y aprecio á que se había hecho acreedor por su buen comportamiento, del que dejó gratos recuerdos.

El nombramiento del pacificador del departamento Oriental para el mando superior de Cuba, no podía menos de ser bien recibido por el elemento español, por los servicios que había prestado en su larga permanencia en la isla, lo que le facilitaba el cabal conocimiento de las personas y de las cosas, además de contar con grandes simpatías. Bien acogidas sus proclamas, en las que otorgaba perdón á los arrepentidos y declaraba guerra decidida y enérgica á los rebeldes que continuaran en armas, y sin producir los resultados que en Madrid esperaban algunos de la misión que llevó á los Estados Unidos á don Nicolás Azcárate, ocasionando el fusilamiento en Cuba del poeta Zenea, que se mostró más partidario de los insurrectos que de la misión de paz que le llevó al campamento de ellos, dedicóse Balmaseda á introducir la desunión en el campo enemigo, á alentar á los amigos de escasa fe, á mover activamente las tropas, obteniendo la presentación de importantes insurrectos en la jurisdicción de Colon, y en las combinadas operaciones de la campaña que empezó, dióle por resultado la inmediata pacificación de aquel territorio, la completa tranquilidad en Las-Villas, quedar libre la Vuelta de Abajo de la ridícula expedición que á poco desembarcó en aquellas costas, y dispersos en los bosques los principales caudillos insurrectos. Solían reunirse para efectuar algun ataque meditado, ó para sufrir un descalabro como el que experimentaron en la Torre de Pinto ó de Colon, en el distrito de Puerto Príncipe, mientras Balmaseda recorría las Cinco Villas. Marchó el general despues al Júcaro y á Vertientes, dando por terminada la resistencia sostenida hasta allí en las jurisdicciones de Sancti-Spíritus y Moron, llamó á la obediencia á los camagüeyanos, que se corrieron á las jurisdicciones de Bayamo, Manzanillo y Jiguaní, por el conde pacificadas antes, contribuyendo á reproducir en ellas la guerra el desembarco que efectuó el *Virginia* de 200 venezolanos, batidos luego, y para limitar el territorio de los insurrectos activó la terminación y defensa de la trocha abierta desde el Júcaro por Ciego de Avila á Moron, ó sea desde el mar del sur al del norte de la isla, en una extensión de 4 á 5,000 metros, con una anchura de 500, y de ellos doce transitables, que formaban el camino militar y una verdadera muralla por los numerosos fuertes que la defendían. Efectuó despues otra salida á Nuevitas y Puerto Príncipe, haciendo política de atracción á la vez que movía las tropas, mereciendo especial referencia las que constituían el corto destacamento del poblado de Jara que se defendieron gloriosamente. Eran frecuentes los hechos de esta naturaleza en los que se demostraba el heroísmo que inspira la voz de la patria, y cuando léjos de ella se pelea, aunque se combatiera en terreno á ella perteneciente.

Cuando los insurrectos no progresaban con las armas, procuraban aumentar sus elementos de combate y aun arreglar su organización, que harto lo necesitaba, y reunían su cámara de representantes, parodia ridícula de representación nacional, que más que congreso de elegidos diputados era un club de ambiciosos demagogos y de insensatos paricidas, pues justamente en aquellas circunstancias se esmeraba el gobierno de Madrid en dar los mayores derechos y libertades á Puerto Rico y á Cuba, que por cierto más sabían aprovecharlas los laborantes que los españoles. Así que, cada vez que Balmaseda regresaba á la Habana, tenía que apaciguar los ánimos harto excitados, particularmente en los voluntarios, que viendo peligros en todas partes, fingidos unos y verdaderos otros, y no muy satisfechos del proceder de algunos ministros que desvirtuaban con una mal entendida generosidad justificados rigores de las autoridades de Cuba, era de temer que un suceso cualquiera prendiese fuego á los hacinados combustibles y se produjera un verdadero incendio. Cuando los ánimos están exaltados, la ofuscación guía nuestras acciones, y no suelen ser laudables las consecuencias. Así sucedió con un hecho estudiantil que no tenía la impor-

tancia que se le dió, como lo demuestra que hasta los dos ó tres días no empezó á adquirir gravedad á causa de que la opinión pública fué formando la bola de nieve. Las inconveniencias que unos estudiantes de medicina se permitieron en el cementerio donde reposaban los restos de Castañón y otros mártires de la patria, fueron tomando grandes proporciones hasta el punto de presentar lo que no pasaba de una travesura escolar de mal género y vituperable, como una terrible profanación. Poco prudentes las autoridades, dieron pábulo con sus desacertadas providencias á la exageración de los descontentos y al extravío de la opinión pública, se impuso á la autoridad militar la de unos pocos voluntarios, se sometieron los presos á un consejo de guerra, que procedió sin imparcialidad ni independencia, y condenó á ocho de los estudiantes á sufrir la pena capital y á presidio otros. Tuvo resonancia este hecho en toda Europa y en América, y los numerosos comentarios que sobre el fusilamiento de los estudiantes se publicaron, en pro unos y en contra otros, adolecían de tal apasionamiento que ninguno habló á la opinión con verdadera sinceridad. En vano pensó Balmaseda evitar el atentado que se cometió; llegó tarde á la Habana, y profundamente impresionado comprendió la imposibilidad de pacificar la isla mientras no se tomasen medidas definitivas para destruir el germen de los laborantes é instigadores que, excitando á los españoles más impresionables, entorpecían el desenvolvimiento de una política que había de acabar la guerra.

Los auxilios que de todas partes recibían los insurrectos reanimaron la lucha, lo cual hizo necesarios los fusilamientos y las proclamas de atracción dirigidas á las partidas insurrectas, de cuyos documentos pudo considerarse por entonces el último el que en 14 de mayo de 1872 expidió en Cauto del Embarcadero, ofreciendo indulto á todos los que se presentasen, con excepcion de Céspedes, de los individuos de la cámara y de varios cabecillas. Durante las campañas de Balmaseda habíanse presentado más de cuarenta mil y se lisonjeaba ahora en completar este favorable resultado; pero los frecuentes desembarcos de expedicionarios, y la ineficacia de la anterior proclama, le hicieron conocer que no acabaría la guerra en el plazo que se había propuesto, y cumplido que fué el 30 de mayo, dimitió el mando, reemplazándole interinamente el segundo cabo don Francisco Ceballos. Continuó este con actividad la persecución de los enemigos de la patria, atendiendo también á las excitaciones de la opinión, no siempre movida por legítimas causas, lo cual le impedía muchas veces salir á campaña para evitar con su presencia el crecimiento de las facciones y las inconveniencias de ciertos jefes militares que ocasionaron sensibles descalabros á nuestras tropas.

A las contrariedades de cada día, se añadía la penuria del Tesoro, no solo de la Metrópoli sino de Cuba. Había pagado para la expedición á Méjico, más de 2 millones de pesos (1) y excedían de 10 los malgastados en la funesta guerra de Santo Domingo (2). No podía menos de resentirse no solo el Tesoro de aquella isla sino el del gobierno central. De aquí los apuros, cada día crecientes, y la terrible situación en que se puso al Banco Español de la Habana, aunque no fuese gravosa para todos, que muchos medraron á costa de la patria, á la que sacrificaban, alardeando sin embargo de mucho patriotismo. El total de la deuda existente á favor del Banco en julio de 1871, á cuya época alcanzan las últimas noticias (3) sobre esta clase de deuda en el ministerio, ascendía á cerca de 12 millones de pesos. Las emisiones de billetes del Banco Español de la Habana, por cuenta del gobierno, desde febrero de 1869 á 23 de mayo de 1872, sumaban 17 millones de pesos, y rebajados por recaudación, subsidio y bienes embargados, etc., cerca de 7 millones, debían quedar en circulación por cuenta del gobierno en el expresado mes de 72, más de

(1) De 1861 á 1867 se habían hecho en Cuba para esta expedición, pagos importantes 2.290,225-04 pesos fuertes.  
(2) De 1862 á 1870 se pagaron, pesos fuertes 10.318,406-62. Tenemos á la vista el estado anual de pagos.  
(3) Escribimos en 1881.